

Primera parte:
La región, los territorios y la globalización actual

Globalización, territorio y geopolítica

GLORIA MARÍA VARGAS¹

*Investigadora - Profesora Centro de Desenvolvimento Sustentável
Universidade de Brasília - Núcleo de Pesquisa em Democratização e Desenvolvimento
Universidade de São Paulo*

Para los geógrafos la preocupación con lo global no es ninguna novedad. La definición misma del objeto de estudio de la ciencia geográfica, tanto en el terreno de la geografía física como en de la humana, nos obliga a considerar el mapa mundial desde diferentes perspectivas. El espacio para el geógrafo está siempre referido al ámbito mundial, así su preocupación de trabajo más inmediata sea en una escala menor.

La preocupación con lo global se hace interesante hoy en día porque está en la base del nacimiento del mundo actual. Para comprender la dinámica global del mundo hoy, es necesario comprender como este mundo llegó a ser verdaderamente mundial, es decir, como se crearon las relaciones socio-espaciales que permitieron la consolidación de una especialidad que hoy se caracteriza como planetaria.

El proceso de agrandamiento del mundo, aunque esta expresión suene paradójica, tendría que considerar no sólo el efectivo ensanchamiento espacial, sino el proceso que consolidó concomitantemente un tipo de poder capaz de plasmar esa tendencia de crecimiento en una estructura socio-espacial con elementos geohistóricos identificables y diferentes de aquellos producidos en otros periodos.

Se trata por lo tanto, no apenas de una incorporación de espacios, sino de la formación de una nueva racionalidad socio espacial que explica, además de

un aspecto morfológico, el funcionamiento, la organización y la estructura de esa nueva entidad espacial.

Históricamente esta estructura nueva puede trazarse desde la expansión geográfica del poder europeo y la incorporación de nuevos territorios entre los cuales está, como es evidente, el americano. Se trata de procesos de reconfiguración socio-espaciales que pueden trazarse, no como procesos autónomos e desencarnados, sino como partes de imaginaciones y prácticas geopolíticas históricamente determinadas y, en esa medida, articuladas con lo que llamaremos “impulsos geopolíticos”, es decir, prácticas que buscan la consolidación y/o mantenimiento de un poder que tiene en el espacio uno de sus anclajes.

Para trazar las relaciones entre los procesos socio-espaciales actuales, en particular de la globalización, haremos un breve recorrido por la geopolítica para mostrar como, además de ser un saber que se instrumenta fácilmente en el poder político vigente, es decir, que evidencia claramente prejuicios nacionales, contiene y revela las ansiedades espaciales de las respectivas épocas y es un camino teórico-metodológico para la comprensión de las articulaciones sociedad-espacio y sus tendencias en diferentes momentos históricos.

Posteriormente relacionaremos la geopolítica con el proceso de globalización, con la intención y el objetivo de mostrar como este proceso que modifica la espacialidad de los procesos sociales contemporáneos, puede verse como un vector de consolidación del tipo de poder imperial estatal y autocrático y de la institucionalidad económica supranacional actual.

Podemos comenzar entonces diciendo que la geopolítica puede caracterizarse, no como un concepto singular, sino más bien como una problemática plural, como una reunión de elementos en cambio constante que son difíciles de reducir a un común denominador, a un núcleo esencial, o principio generativo. A pesar de las nociones populares que se tienen a su respecto, la geopolítica no es apenas una noción limitada que se asocia a coyunturas políticas específicas. Es más que la puesta en marcha de una Realpolitik espacializada, que un balance de poderes o que el sistema de Estados que compiten como monadas territoriales (O’Tuathail 1997). La geopolítica es más bien un modo concreto de razonamiento que evalúa y ordena los lugares según valoraciones diferenciales.

Involucrarse con la geopolítica implica estudiar cómo los elementos cambiantes del espacio han actuado para conformar diferentes configuraciones de poder y sus respectivas órdenes geográficas en diferentes momentos históricos. Esto significa detectar y comprender las entidades geo históricas y sus

procesos de evolución e interrelación. En esa medida, la geopolítica da elementos para estudiar las condiciones de posibilidad de los procesos de poder y las transformaciones espaciales que suscitan. La visión espacial permite reconocer el fenómeno del poder en su desarrollo y expresión, no apenas como proceso político, sino referenciado a un contexto social, a un territorio, es decir, permite referir el poder a su lugar o lugares de enunciación y reproducción. Permite relacionar el fenómeno con su base socio-espacial.

Si la geopolítica entendida de forma tradicional puede considerarse conservadora, es decir como una forma de pensamiento que reproduce, mediante estrategias espaciales, el poder vigente y sus formas de fijación, o dicho de otra manera, como una herramienta instrumental de los Estados para mantener o extender sus poderes, como cuerpo de conocimiento es esencial en la comprensión de la producción geográfica del poder global en cualquier período histórico, y hoy se hace más relevante que nunca.

Aunque la geopolítica es un concepto del siglo XX cuñado por primera vez por Rudolf Kjellen, el politólogo sueco en 1899, la sabiduría geopolítica es más antigua y se puede decir que ha existido concomitantemente a los asuntos del poder. Sin embargo, solo hasta la década de 1930 fue que el término comenzó a ser utilizado más generalizadamente, en concreto por el grupo de geógrafos políticos alemanes de la Universidad de Munich, en cabeza principalmente de Karl Haushofer. Como es sabido por todos, la asociación de Haushofer con Hitler vía Rudolf Hess llevó el asunto de la geopolítica a la atención del mundo a partir de las acciones de consolidación de poder realizadas por Hitler en el preámbulo de la Segunda Guerra Mundial.

De estos episodios se desarrolló un interés por la geopolítica vista como asunto de Estado (*statecraft*), como método para pensar el significado de los factores geográficos en la conducción de las relaciones internacionales y como forma de proyectar el poder singular de un Estado en escenarios más amplios que sus espacios de incidencia inmediata. Puede decirse que se trata de una forma de conocimiento instrumental y estrechamente ligado a las necesidades y aspiraciones de poder de los Estados y en esa medida, un asunto más de estrategia que de academia.

Sin embargo, hoy la geopolítica ha pasado y pasa por una serie de reformulaciones. A pesar de continuar siendo tan fácilmente instrumentalizable por las formas de poder y, en esa medida, en constante riesgo de ser cooptada para fines inmediatistas, las nuevas formas de construcción y ensamblaje de los poderes mundiales, con sus asimetrías crecientes bien como con sus nuevos actores, permiten afirmar que se trata de una forma de cono-

cimiento y de saber que es necesario para la comprensión de los procesos sociales, no sólo políticos, de nuestro tiempo. En las palabras del geógrafo Peter Taylor, “Se trata de un objeto de estudio imprescindible para comprender el mundo actual.” (Taylor y Flint 2002).

La espacialización de los procesos políticos y la forma como estos se conjugan con las temporalidades de los procesos históricos, son de manera muy genérica, los asuntos que interesan a la geopolítica. No se trata apenas del uso de la geografía como instrumento de poder político, sino del estudio de la geografía en la comprensión de los fenómenos de poder, es decir, en la comprensión de cómo este se fija, se difunde, como relaciona lugares, las transformaciones que promueve en los lugares que relaciona, su incidencia tiene, en fin, en el delineamiento de la especialidad social y en los desenlaces de los procesos sociales de los que hace parte.

A lo largo de la historia es posible identificar regimenes de poder geográficos conjugados con las formas políticas de gobierno vigentes. Estas formas de poder originan lo que llamamos de entidades geo históricas en la medida que se concretan en espacio-tiempo determinados y en que esa concreción les provee de identidades que las diferencia de otras. Estas entidades geo históricas están atravesadas por visiones o imaginaciones geográficas y por formas de estructuración políticas que hace difícil separar el componente geográfico del político propiamente dicho. Esto significa que la visión o imaginación geográfica ya contiene o trae con ella una forma de gobernar y /o de dominar.

El universo de lo geopolítico contiene características y rasgos, en especial aquello que estamos llamando de “el impulso geopolítico” y su consolidación en acciones de las formas de poder dominantes que pueden detectarse. Una de ellas es la búsqueda de las totalidades espaciales, o la constante necesidad de extender los dominios materiales en la creación de nuevas especialidades.”El espacio está ahí para ser conquistado”, parece ser su consigna. Esta ansia especial se puede asociar, desde una perspectiva temporal, con el de las generalizaciones históricas. La ampliación del espacio es su complemento.

En la búsqueda por construir una especialidad cada vez más amplia, lo global se va consolidando no sólo como geográfico, sino como epistemológico en la medida que sugiere no apenas un todo espacial, sino una totalidad que permita, a través del espacio, unificar la historia. Y en esta unificación con el tiempo está otra característica de la geopolítica: su tendencia centrípeta. Los espacios tienden a ser incorporados dentro de otros y, en esta incorporación, se van borrando contenidos históricos de forma que los antiguos espacios son referenciados en el nuevo espacio contenedor. Sin embargo, esto no im-

pide identificar un antes y un después, o un adentro y un afuera, en los que las diferencias históricas y espaciales originan una estructura jerárquica que alimenta el modelo de poder conformado.

Otra característica es su tendencia a crear pares binarios en la interpretación de la realidad, pares que llegan a constituir dicotomías. Categorías como Oriente y Occidente son más que regiones geográficas ya que se refieren a diferenciaciones sociales, políticas y culturales que pueden llegar a denotar una oposición cuyos límites no son apenas geográficos, sino históricos. Cada miembro del par binario está separado del otro también por una frontera temporal, que marca diferencias en los procesos sociales desarrollados en cada entidad socio-espacial.

La construcción y separación de las categorías también implica la esencialización y congelamiento de las oposiciones. Mediante estos recursos se explican las relaciones internacionales y se constituye la base de un sistema interpretativo. En este sentido se puede decir que la geopolítica privilegia lo sincrónico con respecto a lo diacrónico, mostrando preferencia por las esencias atemporales.

Pero la característica más típicamente geopolítica tal vez sea la de concebir el espacio como un tablero en el que el poder es conquistado, ejercido y consolidado. Esta característica convierte el espacio en un objeto que contiene y representa poder. Se trata de una reedificación en la que se da una reformulación del concepto tradicional y una reorganización de su contenido material.

Desde estas perspectivas pueden analizarse los procesos de constitución y consolidación del fenómeno de la globalización. Para analizarlo de esta manera, es necesario hacer un recorrido por los proyectos territoriales de las potencias occidentales, que nos pueden mostrar los diferentes momentos en la construcción de esa nueva especialidad.

Para ello partimos de un breve repaso de los proyectos colonizadores, desde la cristianización española, las misiones civilizadoras de Inglaterra y Francia, hasta llegar a empresa del desarrollo estadounidense, y termina en el proyecto de globalización, cuyo centro es más difuso pero que, sin embargo, involucra esa entidad geohistórica llamada Occidente.

Las expansiones territoriales europeas en la consolidación del modelo geopolítico

Las expansiones territoriales de las monarquías europeas que comenzaron a finales del siglo XV con el “descubrimiento” de la hoy llamada América, tuvieron consecuencias no sólo para los territorios conquistados sino para toda la

articulación espacial del poder durante ese y los siglos posteriores. La creación del circuito del Atlántico reorganiza el espacio occidental estableciendo para los siglos venideros los lugares centrales de esta especialidad en la Europa occidental, España, Portugal, inicialmente, e Francia, Holanda e Inglaterra, posteriormente, con la consiguiente satelitización de los territorios dominados.

De esta forma, la apropiación territorial de América, la explotación de sus recursos y de su población, le dieron a Europa los elementos necesarios para ocupar con comodidad el centro del sistema geopolítico occidental en proceso de consolidación, hasta mediados del siglo XX. Según la hipótesis formulada por el científico social Aníbal Quijano, la conquista de América marca el comienzo de la hegemonía europea en el planeta y, en ese sentido, es la condición de posibilidad de la existencia de Europa como entidad geohistórica dominante hasta el siglo XX.

En un primer momento, el proyecto colonial europeo es eminentemente Ibérico. Ya en el siglo XVII y XVIII el comando del poder se traslada hacia el norte para Francia e Inglaterra, cuyas regimenes absolutistas, con sus políticas de centralización administrativa y expansión territorial, constituyen un nuevo tipo de comunidad política basado en la delimitación estricta de las fronteras territoriales, el reforzamiento del poder central y la construcción de un aparato burocrático, militar y diplomático para la conquista territorial. Esto caracteriza el desarrollo de los procesos de consolidación de los Estados territoriales después del Tratado de Westfalia en 1648. El siglo XVIII marca así dos procesos históricos que se complementan: la consolidación del Estado como representante de una comunidad política asentada en un territorio delimitado y la búsqueda y expansión territorial del poder de esos Estados concretizado en la empresa colonial.

Todos los proyectos colonialistas ibéricos tuvieron un contenido religioso, además del propiamente material. El proyecto español incorpora los territorios y la población al circuito Atlántico y consolida el armazón ideológico de su proyecto geopolítico, que se sustentó en la explotación económica, la dominación política, y en el dominio de las subjetividades a través de la conversión religiosa. Los casos posteriores de Francia e Inglaterra constituyen un “telos” diferente con una visión más secular del proyecto colonial, que incorpora la racionalidad instrumental como base legitimadora de sus acciones (Quijano 1997).

La imaginación geopolítica de la colonización, en sus diferentes momentos, no tuvo la capacidad de discernir el mundo desde la perspectiva de las diferencias espaciales. La fuerza centrípeta que la caracterizó incorporó espa-

cios que después serían objeto de re-jerarquizaciones según los objetivos funcionales y organizacionales de sus arquitectos. Las necesidades materiales y la visión de mundo de las potencias centrales europeas llevaron a la construcción de diseños geopolíticos que, aunque regionales, se presentaron como globales y de valor universal, tanto en lo económico, como en lo político y epistemológico (Mignolo 2002).

De esta forma la imaginación geopolítica del ojo colonizador hizo visibles apenas algunas geografías, que fueron objeto de representaciones funcionales. Otras fueron suprimidas, así como silenciadas sus historias. La imposición de otra temporalidad y de una nueva historia se hacía concomitante a la incorporación de los territorios en la nueva estructura socio-espacial. De este modelo de interpretación y apropiación del espacio se concreta una especialidad en la que los territorios conquistados entran en el vórtice de la empresa geopolítica colonial como periferia del sistema conformado. El centro se hace más sólido en la medida en que se garantice la extensión espacial de esa periferia.

Los espacios académicos se encargan de validar y legitimar las respectivas empresas coloniales, en especial cuando esta se traslada para el norte europeo. En Alemania, Ratzel con la Geografía Política, y en Francia Paul Vidal de la Blache con el posibilismo, construyen las bases teóricas para legitimar científicamente las ideologías expansionistas de sus Estados. Ratzel, conceptuando el Estado como un organismo y valorando primordialmente el espacio físico, su famoso espacio vital, como elemento que da unidad y cohesión a la comunidad política. Su visión de que el espacio y sus atributos dan los elementos de caracterización a los Estados, construye el puente con la política y consolida su versión determinista de la Geografía. Y Vidal de la Blache con su concepto de género de vida como producto de la relación de la sociedad con su espacio y de las posibilidades de transformación que la cultura proporciona. Al definir el progreso como fruto de relaciones entre sociedades con género de vida diferentes, en un proceso enriquecedor y continuo, se abre la posibilidad de una “misión civilizadora” en los territorios colonizados, en concreto, en África. De esta forma da legitimidad a la acción colonizadora francesa.

Como es sabido, la geografía estaba ligada íntimamente al imperialismo (Taylor y Flint 2002) y como disciplina universitaria tuvo su auge a finales del siglo XIX, época en la que las ramas política, comercial y colonial se desarrollaron y sirvieron para las actividades imperialistas de entonces. También florecieron sociedades geográficas que sirvieron de guía para los proyectos imperiales.

Globalización

De la otra margen de esta narrativa, está la globalización. Sobre este término se ha escrito y debatido mucho, tanto que pareciera que hubiera tantas versiones sobre la globalización como autores que se pronuncian sobre ella. Caracterizada como un proceso que involucra la ampliación de la escala espacial de las actividades productivas, sus efectos se sienten aparentemente en todos los espacios del planeta.

En general, en lugar de entenderse como una condición singular, se entiende como un proceso o conjunto de procesos que involucran sistemas o redes de interacción y/o de intercambio, y a las caracterizaciones de sus densidades y ámbitos espaciales. La densificación y ampliación espacial de estos procesos que interconectan sistemas y redes define una estructura de flujos nunca antes vista en la historia, que tanto tendría la capacidad de imponer restricciones como de crear posibilidades a sus partes constituyentes.

En teoría, pocas áreas de la vida social escapan del toque mágico de la globalización. De esta forma, todos los ámbitos sociales, desde lo cultural hasta lo económico, lo político, lo legal, lo militar y lo ambiental estarían bajo sus designios y condiciones. La globalización sería entonces un fenómeno social de múltiples y diferenciadas facetas que describe patrones de interconexión crecientes entre todos los dominios de la actividad social. Cada dominio tendría su patrón de interconexión.

En términos estrictamente económicos la globalización se relaciona asociada con la emergencia de una economía global, que sería una entidad única que, aunque no tan integrada como las economías nacionales más robustas, tendría la tendencia a intensificar la integración entre y a través de regiones. A lo largo de las regiones más importantes del mundo, los patrones de globalización económica contemporánea estarían tejiendo redes fuertes y durables de forma que los destinos económicos de las regiones involucradas quedan íntimamente conectados. Así, el comercio interregional llegaría a niveles sin precedentes en la historia.

Una figura central en esta organización es la Corporación Multinacional. Si en 1999 había alrededor de 60.000 Corporaciones Multinacionales con unas 500.000 subsidiarias extranjeras, que vendían US \$ 9.5 trillones en bienes y servicios, a lo largo del planeta, hoy la producción transnacional excede considerablemente el nivel de exportaciones globales y se ha convertido en el medio más importante para vender bienes y servicios en el extranjero. Hoy en día las multinacionales dan cuenta del 20% de la producción mundial y 70% del comercio mundial. Es el capital corporativo global y no

los Estado, el que ejerce una influencia decisiva en la organización, localización y distribución del poder económico y de los recursos en la economía global contemporánea.

Las operaciones de las corporaciones multinacionales estarían integrando economías nacionales y locales en redes de producción regionales y globales. Bajo estas condiciones, las economías nacionales ya no funcionarían como sistemas autónomos de creación de riqueza ya que las fronteras nacionales no serían más barreras significativas en la conducción y organización de la actividad económica.

Algunos dicen que la globalización marca un nuevo periodo histórico que altera radicalmente el orden mundial, orden que estaría siendo reconfigurado por el surgimiento de ese único mercado global ya mencionado y por la profundización del principio de competencia global. Este principio sería también el responsable del progreso humano y, en esa medida, estaría siendo colocado como principio civilizador. Toda esta dinámica estaría jalando la expansión de la esfera económica para dimensiones bien mayores que la política, quedando esta rezagada e hipotrofiada, lo que se expresaría en el vaciamiento constante de lo político y, en consecuencia, el desdibujamiento gota a gota del Estado. Esto representaría, como es obvio para cualquier geógrafo, una reestructuración socio-espacial de enorme envergadura que implicaría en la redefinición del contenido conceptual y material de las fronteras (Vargas 2002) y la reestructuración de las comunidades políticas en otros referenciales espaciales.

Esta visión reconoce las transformaciones institucionales que este proceso trae, en particular la organización territorial de las actividades económicas y políticas que tendrían una tendencia a expandirse para el ámbito global y, por lo tanto, estarían induciendo a la conformación de una institucionalidad global, tanto de empresas, representadas en las transnacionales, como de organismos de gobierno que velarían por la recientemente llamada "gobernabilidad global". Esta conformación espacial estaría induciendo transformaciones sociales mediante innovaciones tecnológicas, generando relaciones de flujos y redes sin arraigo espacial en puntos específicos.

Sin embargo, toda esta caracterización de la globalización la hace aparecer como un proceso sin agentes que se activa y reproduce a sí misma, anónimamente, en la esfera de las relaciones internacionales y que ejerce una influencia directa en las esferas de lo económico, político y lo cultural. El término ha pasado a ser virtualmente sinónimo de una vasta y sistémica maquinaria impersonal que existe y se desarrolla de modo independiente de

las decisiones humanas, es decir, de un cierto modo natural, y en ese sentido inevitable y que abarcaría y explicaría todas las acciones humanas de hoy. El énfasis puesto en el dinamismo, el movimiento, los flujos, las redes, etc. parece ser una cortina de humo que impide ver cuales son las direcciones de esos flujos y movimientos, la extensión de esas redes, las intensidades y selectividades de ese dinamismo, etc.

Si analizada más de cerca, es posible identificar las áreas de donde la globalización emana y los espacios que efectivamente adensa. En este sentido, es posible identificarla como un proceso de un espacio geopolítico muy concreto que es básicamente el de los Estados de la OCDE- Organización para la cooperación y el Desarrollo Económico- entre los que verdaderamente se ha dado la intensificación de las interconexiones. Su desarrollo se ha dado gracias a una articulación espacial de poder económico y político cuyo núcleo duro es esta región, lo que no excluye que constituya órbitas secundarias y terciarias con otras regiones selectivamente escogidas. Por ejemplo, si se verifican los flujos de capital entre 1990 y 1995, se comprueba que el 65% del total de estos flujos fueron en esta región. La naturaleza del actual patrón de interdependencia sugiere que esos Estados son los arquitectos de una economía crecientemente liberalizada e global.

¿Qué sucede con las otras regiones del planeta?

Visto desde otros espacios de referencia, en lugar de estar formándose una economía unificada, el mundo parece estar fragmentándose en diferentes bloques políticos regionales con diferentes formas de capitalismo. En lugar de una nueva orden mundial lo que estamos presenciando es el retorno al viejo estilo geopolítico e imperialista refuncionalizado, mediante el cual los Estados y las fuerzas sociales más poderosas han consolidado su dominación global. Deslumbrados por la supuesta novedad del presente, se ignora la primacía continuada del poder y su consolidación en algunos Estados. La globalización puede ser vista entonces como la continuación de la era de los imperios que se extiende y se entrelaza a la nuevas formas imperiales, la de las corporaciones modernas.

Si así entendida, la globalización es un vector y no una finalidad en sí misma. Esto obliga al reconocimiento de que no es apenas un cambio en la escala e intensidad de las relaciones y actividades sociales, sino que involucra principalmente la reorganización y rearticulación de los poderes, sus modalidades, formas de organización, de instrumentalización, y su distribución. Así se diseña un mundo en el que una región, un lugar, un Estado o

una ciudad pueden llegar a moldar las oportunidades de vida de espacios muy distantes al suyo, lo que refleja la tremenda asimetría de poder que el fenómeno gesta.

Es evidente, por lo tanto, que la globalización tiene un sentido diferente para el sur y para el norte. Haciendo el recorrido de cómo llegó la idea de globalización al sur, se llega a los formuladores de políticas del norte en donde los gobiernos social demócratas y las facciones más conservadoras que habían adherido al neo-liberalismo, se aliaron y dieron un vuelco dramático a las políticas, reorientando el desarrollo desde una perspectiva interna hacia un énfasis y una orientación hacia fuera. Así, se alteraron las prioridades y se insirieron los países y sus economías en un modelo de producción para exportación y para el consumo de masas (Ramírez 2003).

Este modelo incorporaba una nueva promesa de desarrollo que se daría con la entrada de los países en estos procesos, mediante la inserción en los circuitos del comercio global. La liberalización y el libre comercio habrían de significar la superación de las crisis económicas por las que nuestros países atravesaban, habría de ser el camino hacia la modernización y el desarrollo (Ramírez 2003). Como no lo explica la citada Blanca Ramírez, (op. Cit) de alguna manera, la globalización significaba la oportunidad de avanzar en la jerarquía y en la geografía del desarrollo. Para vehicular estos significados, fue muy importante neutralizar el concepto y pasar la imagen de que el punto de partida sería el mismo para todos los países y que para garantizar que se llegaría a un nivel de paridad con el primer mundo, era necesario apenas entrar en el circuito. El proceso podía ser puesto en marcha en cualquier lugar y los resultados serían similares. Así, con estas condiciones de partida y de resultados prácticamente garantizados, la desterritorialización de la economía y de la política y la desespacialización del propio término de globalización fueron aceptados sin grandes resistencias.

La globalización tuvo por lo tanto, su cara o contrapartida ideológica que sirvió justamente para implementar medidas de política pública que le abrieran las posibilidades de existencia en los procesos territoriales específicos en cada país. Los conceptos sobre la globalización ayudaron a neutralizar sus efectos, es decir a neutralizar la violencia intrínseca del propio proceso. Se convirtió, además, en el marco conceptual para explicar los procesos contemporáneos en un momento en que el desarrollo dejaba de ser motivo de esperanza y condición de posibilidad para una industrialización generalizada. Así, el crecimiento económico parecía ser posible sólo en el contexto de una integración al comercio internacional, en un contexto en el que la tecnología

de comunicaciones permitía un vínculo muy estrecho de las economías nacionales con la esfera global (Ramírez 2003)

La pregunta que no fue formulada ni respondida, sin embargo, era si la vinculación de espacios sociales específicos y diferentes en un proyecto único y generalizado traería consigo transformaciones políticas, económicas y culturales, que permitirían el desarrollo de todos las partes y la constitución y consolidación de un modelo real de inclusión. Esta parecía ser la idea con la que la globalización se vendía a sí misma. Sin embargo, esta discusión fue olvidada en el camino de neutralización del proceso.

Hasta aquí podemos afirmar, como esfuerzo de síntesis, que la globalización no puede reducirse a una sola dimensión, pero que de esa amplia gama de dimensiones, la globalización tanto refuerza como modifica estructuras económicas, elimina y crea espacios y estructuras políticas, tanto consolida como hace aparecer y desaparecer actores y practicas sociales. De igual forma, no significa, como quiso hacerse pensar, la homogenización de la economía ni la existencia de una dinámica integradora única y uniforme. Dentro de las tendencias unificadoras de la economía mundial sobresalen la desigual dinámica de los procesos de integración, así como el desarrollo diferenciado de las principales geo-regiones.

En este proceso desigual y multidimensional, se destacan tendencias simultaneas y concomitantes de integración/desintegración y de especialización/desagregación. Las unidades estatales se encuentran ante las presiones del mercado global, que impone estándares productivos, financieros, tecnológicos y comerciales que son pasados a las economías nacionales vía políticas públicas. Esto sin duda representa una perdida de poder política de los Estados a favor de la esfera económica, ya no nacional, sino internacionalizada. Esta tendencia queda reforzada con el surgimiento de una nueva institucionalidad transnacional en ámbitos que en el pasado eran de exclusividad de los Estados y que hoy regulan sus acciones, so pena de sanciones o de marginalización en los foros internacionales.

Estas configuraciones traen nuevas relaciones territoriales: si de una parte los espacios nacionales se ven absorbidos por las fuerzas centrípetas globales y macroregionales, también pueden experimentar una especialización o desagregación local que transforma sus territorialidades internas. Esto se da porque lo local y lo global entran en contacto sin la mediación del ámbito nacional y así esas localidades que antes eran parte de solidariedades territoriales contiguas, se verticalizan y pasan a relacionarse con vectores externos, originando un proceso de diferenciación territorial interna.

Estructura y función, como decía Milton Santos, están fuertemente vinculadas. Los territorios locales y regionales quedan apremiados a nuevas relaciones territoriales definidas, no por una contigüidad y coherencia socio-espacial de entidades geohistóricas, sino por demandas generadas extraterritorialmente que desencadenan procesos y desestructuran el interior de los territorios estatales.

Lo que se confirma de este patrón estructural y funcional es que la globalización no suprime lo local o lo regional sino que lo reconfigura siguiendo una nueva lógica espacial en la que el ámbito nacional no se presenta como condición necesaria para los otros ámbitos. Genera así nuevas tendencias de agregación que pueden ir de lo micro a lo macro regional. Otra de las consecuencias del proceso, por lo tanto, es que mina algunas escalas del acontecer socio-espacial, en particular, la nacional. En esa medida, desarticula los agentes que participan del proceso en este nivel, causando una especie de interrupción o desmembramiento de sus acciones.

La selectividad de estas reordenaciones territoriales hace pensar en la espacialidad global que se ha ido gestando y en como las relaciones de contigüidad han sido fuertemente alteradas. Los territorios menos dinámicos, menos asimilados a las nuevas funciones, menos densos técnicamente, se verán cada vez más excluidos de los procesos. Sin embargo, continuarán siendo contiguos a aquellos incorporados. Esto crea nuevas fronteras internas que van consolidando una especie de paradoja espacial en la que, en un mismo territorio estatal, una porción territorial es “lo externo” de aquella que inmediatamente la sucede.

Se podría pensar que estos territorios son “lo externo” a la globalización? De ser así, estaríamos delimitando una condición de externalidad en medio a un continuo territorial. Pero ese continuo en términos socio-espaciales está poblado de rupturas, de fragmentaciones que lo des-estructuran y que crean relaciones de tensión entre los espacios selectivamente incorporados y marginados.

La totalidad globalizadora, no es, entonces, tan total ni tan globalizadora y tiene una exterioridad a sí misma: aquellos espacios que son marginados de sus dinámicas.

Geopolítica de la globalización

Al examinar el mapa político actual, es imposible no reconocer que los Estados más fuertes están localizados en el hemisferio norte. Varios de ellos fueron sedes centrales de imperios coloniales, y hoy en día conforman un bloque también perfectamente reconocible y conocido, el G7 (Quijano 2002).

Al analizar el papel de estos Estados, podemos afirmar que se trata de un bloque con características imperiales, por dos motivos: primero, porque sus decisiones son impuestas sobre el conjunto de los demás países y sobre los centros neurálgicos de las relaciones económicas, políticas y culturales del mundo. Segundo, porque lo hacen sin haber sido elegidos o siquiera designados por los otros Estados, de los cuales no son, por lo tanto, representantes (Quijano op cit.).

Pero además de estos Estados, existe la insitucionalidad global económica y financiera, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, la institucionalidad en cuestiones de seguridad como la OTAN, toda la institucionalidad global comercial como la OMC, además de aquellas sectoriales en temas como el ambiental, de derechos humanos, etc. Y están las corporaciones multinacionales.

La reunión de estos actores cristaliza una nueva forma de poder, que aunque tratándose de diferentes esferas, tiene una circunscripción geográfica clara, como ya se dijo, el hemisferio norte. En ella se dan nuevas formas de relación y de participación en las que los Estado fuertes continúan fortaleciéndose simultáneamente a la consolidación de esta institucionalidad supranacional.

Quizás lo que estamos presenciando sea la consolidación de una nueva forma de autoridad pública global, que mediante la diversificación de actores controla los espacios de decisión y por medio de la acción de estos Estados fuertes, va formando una trama mundial de instituciones y Estados, que pareciera operar como un gobierno mundial. Los otros Estados, en cuanto eso, van debilitándose y convirtiéndose en estructuras de administración de los intereses globales de los actores mencionados del bloque imperial y perdiendo cada vez más su función como representantes de sus comunidades políticas (Quijano 1998).

Esta tendencia denota una polarización cada vez mayor en el espacio mundial: mientras que la Unión Europea se fortalece como asociación de Estados en una estructura supraestatal fuerte, los Estado Unidos se muestra como un Estado imperial y Japón se mantiene en esta grandes ligas mediante su poder económico y tecnológico, los otros Estados, contadas excepciones, tienden a erosionarse como unidades sociales, políticas y económicas.

A manera de conclusión

Hicimos un recorrido por diferentes formas y momentos geopolíticos hasta llegar a la globalización, que caracterizamos, no como un fin en sí mis-

ma, sino como un instrumento de reorganización del poder mundial en el llamado Bloque Imperial actual. Las asimetrías, desigualdades, hiper e hipotrofias generadas por este proceso nos llevan a concluir que el camino que se ha recorrido tiene que revertirse en la dirección contraria: en la dirección de la redistribución del poder mundial que permita que los territorios, la materialidad generada por el trabajo y las subjetividades pasen de estas formas de control concentradas a formas colectivas que den espacio a todos los ámbitos vitales de la existencia humana.

Bibliografía

- Mignolo, Walter. 2002. *The geopolitics of knowledge and the colonial Difference*. *The South Atlantic Quarterly* 101: 1, (Winter), 56-96
- O'Tuathail, Gearoid. 1997. At *The end of Geopolitics? Reflections on a Plural Problematic at the century's end*. *Alternatives: Social Transformation and Humane Governance* 22, 1, 35-55.
- Quijano, Anibal. 1998. "Estado-Nación, Ciudadanía y Democracia: Cuestiones Abiertas." In *Democracia: Un modelo para armar*. Caracas : Nueva Sociedad.
- Quijano, Aníbal. 2002. Colonialidad del Poder, Globalización y Democracia. *Trayectorias Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo Leon*. Año 4 Número 7. 8 Septiembre - Abril.
- Quijano, Aníbal. 1997. Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina," *Anuario Mariateguiano*, 9, 113-122.
- Ramirez, Blanca. 2003. *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, 2 (2).
- Taylor, Peter, Flint, Colin. 2002. *Geografía Política. Estado-mundo, Estado Nación y Localidad*. Madrid: Trama Editorial.
- Vargas, Gloria. 2002. *Fronteras: espacios conceptuales y materiales en el contexto de la Geografía*. In: *Fronteras: Territorios y Metáforas*. García, Clara Inés. (Comp). Medellín: INER, Hombre Nuevo Editores.

Notas

¹ yoya@uol.com.br

